

JOSÉ ZORRILLA, *Memorias del tiempo mexicano*. Memorias mexicanas, ed. y prolog. de Pablo Mora. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998.

CLAUDIA CANALES

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

LA ESTANCIA de José Zorrilla en México, situada cronológicamente entre 1855 y 1866, parece indisoluble de los dos hechos literarios que definieron su destino histórico. Por un lado, la aparición de unas quintillas “antimexicanas” que, apenas unos años antes de su llegada, le habían sido falsamente atribuidas y por el otro, la edición en España, sólo unos meses después de su regreso, de *El drama del alma*, obra en la que el poeta execrara al país que con particular júbilo lo había acogido. Paradójicamente, en ambos casos las pasiones de partido, que por pasajeras y mezquinas él había despreciado,¹ fueron las que empañaron esa aventura ultramarina de Zorrilla, la cual, a juzgar por sus memorias, poco o nada tuvo de política y sí mucho de búsqueda existencial, de empresa romántica, de ruptura con afectos y glorias ingratas que pobremente redituaban a su corazón y su bolsillo.

Aunque más antisantanistas que antimexicanas, las famosas quintillas, cuya verdadera autoría parece haber sido de Antonio García Gutiérrez —un

¹ “Llegadas las cosas a tal estado, los principios se exageran, las opiniones se exaltan: y exasperadas con el tiempo y los sucesos adversos, llegan al fin a convertirse en un fanatismo político; el peor de todos los fanatismos, porque no es hijo de una fe verdadera, ni de una convicción sólida, sino de unas opiniones inspiradas tal vez por la fuerza de las circunstancias, y por las necesidades personales del momento: opiniones de las cuales no participaríamos ciertamente, ni serían apoyadas por nuestras creencias y convicciones, si hubieran sido otras nuestras circunstancias y nos hubieran dejado tiempo para examinarlas, y libertad para elegir las”, José Zorrilla. *México y los mexicanos*, Colección Studium: 9, prolog. de Andrés Henestrosa. México: Ediciones Andrea, 1955 (37-38).

dramaturgo español que las publicó en La Habana en 1848—, atizaban la susceptibilidad nacional hacia la antigua metrópoli al zaherir un sistema republicano que advertía a cada paso una conspiración española o monarquista (“cree que de tu álbum brota una legión cachupina”), pero enaltecía, en cambio, a una suerte de mamarracho (“¡Y detestan nuestro trono, / nuestro regio pabellón! / quien tiene por dueño un mono / vestido de Napoleón”). Si bien las rimas de García Gutiérrez proyectaron breve e injustamente su sombra difamatoria sobre la llegada al país de José Zorrilla —quien no obstante fue recibido como “una de las más hermosas celebridades literarias de nuestro siglo—”,² la obra que éste escribiría doce años después, ya de vuelta en Europa y al calor de la indignación y la tristeza por la muerte del emperador Maximiliano, su magnánimo protector, cerraría en torno suyo el círculo de desengaños y olvidos nacionales en el que parece haber permanecido largo tiempo. Todavía hoy, pocos aquí se han aventurado en la lectura de sus textos mexicanos, de ahí la importancia de una edición como la de Pablo Mora, publicada en 1998 bajo el sello del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, que promueve una reflexión contemporánea sobre la actitud del poeta y dramaturgo hacia nuestro país.

Las *Memorias del tiempo mexicano*, como se titula la selección hecha por Mora de los *Recuerdos del tiempo viejo* (1880-1882) —trabajo autobiográfico de Zorrilla dado a la luz en Barcelona para hacerse de algunos ingresos— reúnen todos los capítulos de la vida del poeta que transcurren en México, así como la accidentada travesía marítima y el breve paréntesis de su visita a Cuba (noviembre de 1858-marzo de 1859). En ellos asoma la congoja del escritor ya viejo, aquejado por penurias económicas y cuyas pasadas glorias literarias lo habían convertido a la sazón en una especie de pieza itinerante de museo. A diferencia de *La flor de los recuerdos* (1855-1857) y *El drama del alma* (1867), obras emprendidas bajo el efecto de los hechos e impresiones que en ellas se relatan, las páginas

² *Apud.* en Enrique de Olavarría y Ferrari. *Reseña histórica del teatro en México*. México: Porrúa, 1961, vol. 1 (594).

autobiográficas corresponden a una mirada retrospectiva y desencantada, la cual explica acaso la opacidad de sus visiones mexicanas. La opacidad y la frialdad, pues en ellas sólo brillan con la luz del entusiasmo y el afecto los rasgos y personajes más cercanos a España: el conde de la Cortina, Anselmo de la Portilla, Federico Bello, Manuel Madrid, el doctor Sanchiz y Cipriano de las Cagigas, quienes formaban, entre otros, el grupo compacto de españoles en torno al cual Zorrilla gravitó.

Aunque cabe preguntarse si el paso del tiempo actuó en el memorialista a la manera de un filtro que borró o aminoró en su recuerdo otros aspectos y otros hombres de la vida de México, la decantación de lo hispano resulta por sí misma muy ilustrativa de la personalidad del poeta y del prisma a través del cual hubo de apreciar más de una década de historia nacional. Quien en sus cartas al Duque de Rivas había criticado a las plumas extranjeras que al abocarse a las costumbres de una nación “sólo aprecian las que tienen analogías con las de la suya, despreciando las que de ellas se alejan”,³ incurriría sin darse cuenta en esa misma desviación, pese a su certeza de “juzgar y escribir de lo por mí visto con mi mismo criterio imparcial de siempre”.⁴ Desde luego no es dable reprochar a Zorrilla —considerado en su patria el poeta nacional por excelencia— el que haya permanecido fiel a esa hispanidad católica que apuntalaba tanto su identidad personal como su sustancia literaria,⁵ pero sí procede analizar, pasados los enconos de su tiempo, la forma en que dicha hispanidad tiñó sus observaciones y determinó sus preferencias respecto a un país en el que, pese a las muchas afinidades que halló en la república de las letras, siempre se sintió ajeno.

³ J. Zorrilla, *México y...*, ed cit. (34).

⁴ J. Zorrilla, *Memorias del...*, ed cit. (83).

⁵ “[...] he cumplido con mi deber y he cantado a mi patria y a mi religión, hasta que he perdido la voz y la fuerza, pero sin perder la fe; porque yo soy cristiano a pies juntillos y español a macha martillo”. Y más adelante: “Miré yo al cielo [...] y di gracias a Dios por haberme hecho nacer español”, *ibidem* (85 y 183).

José Zorrilla tuvo la suerte o la desgracia de vivir en México durante los años definitorios de su futuro histórico e identidad republicana. En la época de su estancia, el triunfo de Ayutla y la consiguiente defenestración de Santa Anna, la promulgación de la Constitución del 57 y de las leyes de Reforma, el estallido de la guerra entre conservadores y liberales, el triunfo de éstos y el recrudecimiento de las presiones extranjeras, la intervención francesa y el advenimiento del segundo imperio introdujeron en el escenario local panoramas ideológicos y políticos por demás intrincados. A éstos se sumó, en el caso específico de las relaciones con España —que por obvias razones atañían de manera particular a Zorrilla— el arribo, en 1856, de una delegación diplomática secundada por dos buques de guerra que anclaron en Veracruz para exigir el fin del embargo recién decretado sobre los bienes de los prestamistas hispanos y, poco después, en 1860, la presencia de Joaquín Francisco Pacheco como embajador de aquel país ante el gobierno conservador, para hacer cumplir el tratado Mon-Almonte convenido con Félix Zuloaga. Ambos episodios eran parte de la larga y debatida cuestión española que desde 1836 había contrapunteado repetidas veces a los dos países y cuyo momento más crítico sería la misión intervencionista de 1861, concluida, en lo tocante a España, gracias a las negociaciones entre el general Prim y Manuel Doblado.

Si bien en sus memorias Zorrilla no se pronuncia de manera abierta en contra o a favor de alguno de los grupos o tendencias entonces en pugna (liberales y conservadores, monarquistas y republicanos, proespañoles y antiespañoles), si bien varias veces atribuye los excesos nacionales al carácter propio de la raza latina e incluso llega a equipararlos con las discordias de su propio país,⁶ es indudable que sus tratos y simpatías eran bastante más próximos a los conservadores, al amparo de los cuales, por ejemplo, él y su amigo Cagigas logran salir y entrar a territorio mexicano en ocasión del breve viaje a Cuba, emprendido en plena guerra de

⁶ “Lo de siempre en nuestra raza, llamada latina sin duda porque reza en latín, sin saberlo, como las monjas”, *ibidem* (79).

Reforma. Esos vínculos, al igual que su intermitente retiro a una opulenta hacienda de los Llanos de Apan y más tarde a la quinta Goicoechea, habría de procurárselos el puñado de compatriotas que formó el círculo de sus íntimos y más allá del cual el poeta no parece haber explorado demasiado. Su retraimiento, acaso exagerado en sus relatos, interrumpido ocasionalmente para asistir a alguna tertulia literaria o representación teatral, puede interpretarse como la prolongación del sombrío estado anímico que lo trajo a América, pero también como una forma de indiferencia o falta de sensibilidad hacia un país que nunca lo cautivó.

No debemos soslayar, desde luego, los intentos de Zorrilla por comprender a México desde la perspectiva de una nación aún joven, como tampoco el ejercicio de imparcialidad que acomete al avalar la razón que asistió a la antigua colonia para emanciparse de España.⁷ La obstinación política de su propio padre, conservador a ultranza y otrora opositor tenaz a la vocación literaria del hijo, seguramente lo había prevenido contra las pasiones exacerbadas que nublan el entendimiento. Sin embargo, las herramientas de observación y análisis del memorialista resultan insuficientes para dar cuenta de fenómenos que, como muchos de los que advirtió en México, no podían explicarse meramente a partir de los puntos de referencia que le ofrecía su España natal y de los cuales nunca quiso o nunca supo desprenderse. El ejemplo más ilustrativo en este sentido es el de las costumbres y el carácter indígenas, abordadas por él con la ligereza de quien ignora tanto la importancia de esas culturas en la vida de México como la complejidad que implica su justa interpretación. Así, a propósito de las prácticas y creencias religiosas lanza la descalificación fácil:

Los indios, por su parte, son todo lo buenos cristianos que les deja ser su escasa inteligencia, y adoran a Dios y creen en el cura, por quien son cristianos, por cuya dirección han de conservar sus territorios en

⁷ “En cuanto a la emancipación y a las consecuencias de nuestra política en México, no hay para qué hablar; el progreso de los tiempos y el adelanto social nos ofrece algo mejor que las pretensiones de nuestros abuelos al dominio de aquel país”, *ibidem* (85).

vida, y por cuya absolución han de conservar sus almas después de la muerte. La del indio mexicano es la raza más tacaña y apegada al dinero que yo he conocido [...] este indio mexicano que es todo mezquindad, miseria y tacañería, tiene sus ideas religiosas tan barajadas en su espeso cerebro [...] que se muere sin declarar lo que tiene ni dónde lo tiene, porque cree que su dinero sigue a su alma al otro mundo y le sirve para pagar a San Pedro su entrada al paraíso.⁸

Más a sus anchas se encuentra Zorrilla al describir escenarios que le son familiares. Las fiestas en las haciendas lo hacen evocar el espíritu andaluz, que varias veces identifica con el mexicano, y el ambiente recoleto de la capital, en cuya descripción se detiene varios párrafos, estimula su recuerdo del Valladolid de sus tiempos de estudiante. Por su parte, el paisaje del altiplano, donde se internó con frecuencia en largos paseos a caballo o al acecho de alguna pieza de cacería, también es objeto de descripciones más coloridas, tal vez porque en esas soledades satisfizo a plenitud su voluntad de aislamiento:

y acepté la hospitalidad de las haciendas, y me fui a la de los Llanos [de Apan] a cazar unas ardillas grises muy sabrosas y muy difíciles de tirar que se llaman *techalotes*; y allí, atracándome de soledad, y de viento, y de sol, y de polvo, y de tórtolas, y de patos que diariamente mataba, y perdiéndome entre las salvajes nopaleras, y curando de la viruela negra a los miserables indios, que no se dejan vacunar, y sin tener, en fin, conciencia de mí mismo, y sin saber lo que hacía ni lo que buscaba, y fiado en Cagigas solamente, pasé [...] no quiero calcular cuánto tiempo.⁹

No obstante los pasajes amenos que contienen, las memorias mexicanas de Zorrilla adolecen en su conjunto de cierto atropellamiento; las fechas que consignan suelen ser inexactas y el tratamiento de los temas pasa sin transición de las contiendas políticas del país al estado emocional del

⁸ J. Zorrilla, *Memorias del...*, ed. cit. (99).

⁹ *Ibidem* (79).

poeta, del incidente con algún editor a la evocación de la infancia. Si bien para salvar esos escollos el lector cuenta con el estudio introductorio y las anotaciones de Pablo Mora y Silvia Salgado, espléndidas aportaciones de la edición que nos ocupa, el avance a saltos de la narración y sus cortes súbitos sugieren la ausencia de un plan preciso de la obra —publicada inicialmente por entregas en un periódico catalán— y dificultan el seguimiento de aspectos esenciales. A esto se suma, además, una especie de hermetismo por parte del autor, quien muchas veces prefiere omitir datos que serían muy útiles para una comprensión más cabal de las cosas. Así, nunca habla de manera explícita de las razones del desencanto que lo trajo a México o del origen de la enemistad de su amigo Cagigas con el presidente Juárez. Estas lagunas, por así llamarlas, también presentes respecto de los numerosos personajes mexicanos que trató, resultan especialmente significativas a propósito de la intervención extranjera y el segundo imperio. Pero si sobre aquélla reconoce claramente que nada quiere decir, sobre éste, en cambio, pasa rápidamente su pluma para “poner los puntos sobre las íes y mordaza a los que no saben lo que dicen”.¹⁰

El penúltimo capítulo del libro recoge, pues, más que sus recuerdos imperiales, una justificación de su cercanía con el emperador, al que dice haberse ligado por “la profunda compasión que me inspiró aquel noble príncipe, a quien desde su llegada consideré como [...] víctima expiatoria”. No obstante que Zorrilla afirma haber percibido muy pronto que “el Imperio jamás echaría raíces en [el] país; porque ni Maximiliano podía llegar a comprenderlo nunca, ni México a Maximiliano”, cambia sus planes de retorno a España —anunciados a principios de 1864 y también omitidos de sus memorias— y se involucra con el monarca en un proyecto teatral que si bien no alcanzó las dimensiones planeadas, sí procuró al poeta, siempre quejoso de su situación pecuniaria, un jugoso ingreso fijo.

No quedan claros los motivos de José Zorrilla para salir de México, al cabo de casi doce años de estancia, justo en el momento en que lo cobija-

¹⁰ *Ibidem* (185).

ban la largueza y la confianza del Habsburgo; sin embargo, es indudable que había empeñado su pluma al servicio de éste, conviniendo que, en caso de una posible abdicación, tendría acceso a sus notas personales para escribir un trabajo en su defensa. A cambio, Zorrilla viajaría a Europa por cuenta del emperador, acompañado de un asistente y con el sueldo anual asegurado, y regresaría a México después de un año.

Como ya se sabe, el curso de la historia habría de violentar aquellos planes. El fusilamiento de Maximiliano, del cual se entera Zorrilla estando en Burgos, lo llevaría a publicar a los pocos meses *El drama del alma*, en atención, según afirma, a los dictados de su conciencia. Poco más dicen las páginas finales de sus memorias de aquella obra que cerró con tan escasa fortuna el círculo de sus impresiones mexicanas, a la sazón tan amargas, que habrían de inspirarle el peor anatema que un español y católico como él podía formular contra país alguno:

¡Ojalá seas Yankee y luterana:
porque para llegar hasta ese día
has de arrojar la lengua castellana,
la religión del hijo de María,
y tu ruin libertad republicana
en el vil lodazal de tu anarquía:
y sin fuerza y sin honra y sin altares
entregarás al yankee tus hogares.¹¹

El peso de ésta y otras octavas reales de aquella catarsis —para muchos confirmación tardía del antimexicanismo que como un fantasma lo acompañó desde su llegada al país— resultó durante mucho tiempo demasiado abrumador para abordar a José Zorrilla con una actitud despojada de apasionamientos partidistas, o mejor aún, con una actitud que privilegiara su impacto literario en nuestros románticos. Por encima de

¹¹ *Apud.* en Pablo Mora, “José Zorrilla detrás de su leyenda en México”, J. Zorrilla *Memorias del...*, ed. cit. (15).

su impacto político en nuestros patriotas, la muerte de Zorrilla, sin embargo, sí impactó a Manuel Gutiérrez Nájera—¹². Después de todo, lo que de él ha pervivido no es el relato de sus recuerdos —“lamentables y contradictorios” según algunos,¹³ o “involuntaria aportación de datos para el psicoanalista”,¹⁴ como los definiera Salvador Novo—, sino las representaciones y los aplausos para *Don Juan Tenorio* y otras de sus obras.

¹² “Es cierto que Zorrilla no fue el poeta de esta edad, pero fue nuestro poeta [...] por eso nos duele no escuchar un gemido de dolor, un doble funeral en las catedrales góticas del arte cuando se anuncia la noticia de su muerte. La muerte de Víctor Hugo fue un eclipse de sol; la de Zorrilla es la puesta de la luna”, Manuel Gutiérrez Nájera, “El padre de Don Juan” citado por Salvador Novo, prólogo a: J. Zorrilla. *Don Juan Tenorio y El puñal del godo*. “Sepan cuantos...” 58. México: Porrúa, 1966 (xxxiii-xxxiv).

¹³ Ángel Valbuena Prat. *Historia de la literatura española*, Barcelona: Gustavo Gili, 1968, vol. III (192).

¹⁴ S. Novo, ed. cit. (xx).